

EL ESPACIO MARINO COMO DEPÓSITO DE LAS  
MANIFESTACIONES DIVINAS\*

MIRELLA ROMERO RECIO

*Universidad Carlos III de Madrid*

ARYS, 5, 2002, 39-46 ISSN 1575-166X

---

RESUMEN

La imagen del mar como un lugar sagrado en el que los dioses podían ser favorables o desfavorables nació como consecuencia de los peligros a los que debían enfrentarse aquellos que debían hacerse a la mar. Este artículo tratará de mostrar que los navegantes expresaron su devoción a los dioses en algunos lugares, como el propio mar, con el fin de ganar su favor antes, durante y después de la travesía.

---

ABSTRACT

The perception of the sea as a sacred place of the gods who could be favourable or unfavourable was the product of fear of the unknown and inherent dangers associated with this economic activity. The present article demonstrates that the mariners expressed their devotion to the gods in certain sites, like the sea, in order to gain their favour before, during and after a voyage.

---

Fecha de recepción: Enero 2002

---

Fecha de recepción: Enero 2002

---

\* Este trabajo ha sido realizado en el seno del Proyecto de investigación financiado por la DGICYT (PB97-0437): «Ideologías y cambio religioso en el Mediterráneo antiguo» y gracias a una beca del Subprograma General de Perfeccionamiento de Doctores en el Extranjero del Ministerio de Educación y Cultura.



Los navegantes y todas las personas implicadas de una manera u otra en la actividad náutica concibieron el mar como un depósito de manifestaciones divinas, unas veces favorables y otras, desgraciadamente, desfavorables. Las manifestaciones divinas en el mar solían asociarse a fenómenos atmosféricos de gran magnitud. Posidón, Zeus, aunque también Hera o los Vientos, fueron las deidades que mostraron su poder en el medio marino con mayor violencia. En cambio otras, como los Dioscuros, simbolizaban con la aparición de la luz el fin de la tempestad y, sobre todo, el final de una aventura que podía haber acabado en tragedia. También en las «Rocas Blancas» -escollos en los que se produce un efecto luminiscente y que, sobre todo cuando hay tormentas nocturnas, se muestran como el único punto visible de la costa- se localizaban divinidades fosfóricas, normalmente Leucotea y la sirena Leucosia -ambas, como veremos, protagonistas de un *katapontismos*-, pues su propio nombre derivaba de λευκός «blanco, brillante»<sup>1</sup>. Algunos itinerarios marítimos que unían Grecia con Sicilia estaban marcados por la referencia de estas «rocas blancas» que orientaban a los navegantes en su ruta y que se identificaban con una actuación divina benévola<sup>2</sup>. Pero es que además, incluso la luz artificial se asociaba a la intervención de los dioses, pues los faros que balizaban el litoral pertenecían a santuarios de devoción marina.

Son numerosísimas las ocasiones en las que las fuentes literarias aluden a la presencia de los dioses en los océanos. Las aventuras en el mar de los héroes míticos como Odiseo, Jasón o Teseo siempre estuvieron apadrinadas y amenazadas por las divinidades, que también participaron activamente, como es bien sabido, en las colonizaciones, en las expediciones comerciales y en las batallas navales. Los dioses podían ayudar o castigar a su antojo y en ningún momento perdonaban la impiedad de sus fieles. Odiseo, por ejemplo, sufrió un naufragio

<sup>1</sup> G. Nenci, «ΦΟΣΦΩΡΟΣ ΑΚΤΗ», *ASNP*, s. III, 5.2, 1975, 99-101; M. Giangiulio, «Appunti di storia dei culti», en: *Neapolis. Atti del XXV Convegno di Studi sulla Magna Grecia, Taranto 1985*, Tarento, 1988, 129 ss.; *idem*, «Tra mare e terra. L'orizzonte religioso del paesaggio costiero», en F. Prontera (Ed.), *La Magna Grecia e il mare. Studi di storia marittima*, Tarento, 1996, 260 ss. Cf. G. Nagy, «Phaethon, Sappho's Phaon, and the White Rock of Leukas», *HSPH*, 77, 1973, 147.

<sup>2</sup> G. Nenci, «Leucopetrae Tarentinorum (Cic., *Att.*, 16, 6, 1) e l'itinerario di un progettato viaggio ciceroniano in Grecia», *ASNP*, s. III, 3.2, 1973, 387-396.

provocado por Zeus como castigo por no haber respetado las vacas del Sol (Hom. *Od.* 11.106-115; 12.319-450; Hyg. *fab.* 125.15a-16). Menelao también fue castigado por haber embarcado sin haber realizado los sacrificios pertinentes a Zeus y las otras deidades (*Od.* 4.351-353, 472-480, 581-586). Igualmente, el tirano Dionisio de Siracusa recibió su justo castigo, por jactarse de haber disfrutado de una buena navegación después de cometer un acto sacrílego (Val. Max. 1.3).

Pero también tuvo lugar el proceso contrario y las divinidades recompensaron la piedad de los marineros y pescadores en el mar. Las acciones de gracias eran la prueba de que las oraciones y súplicas previas habían sido atendidas por los dioses. Las expresiones materiales son elocuentes en este sentido, pues está constatado gracias a los textos -y corroborado gracias a la arqueología- que se presentaron distintos exvotos a los dioses agradeciendo el buen transcurso de la travesía o el éxito en una batalla naval<sup>3</sup>. Entre otros ejemplos podemos mencionar la ofrenda de la nave Argo a Posidón en el Istmo (Apolod. *bibl.* 1.9.27; D.Chr. *orat.* 37.15), la consagración de un barco a la misma divinidad por parte de los atenienses en Río (Acaya) después de la victoria de Formión (Th. 2.84.4; cf. Paus. 10.11.6), las dedicatorias realizadas por los navegantes agradeciendo a los Dioses de Samotracia su salvación en el mar<sup>4</sup> o la ofrenda de al menos siete barcos que un particular llamado Anfidemo realizó en honor de Hera y Posidón en el templo de la diosa en Samos<sup>5</sup>.

Pero los dioses protectores de los marineros podían también manifestarse haciendo llegar hasta la costa una imagen divina. Pausanias (3.23.2-4), por ejemplo, cuenta que un tal Menófanes, que había sido estratega de Mitrídates, había saqueado Delos y uno de sus hombres había arrojado un xoanon de Apolo al mar. Éste llegó hasta las costas de Beas (Laconia) donde consagraron un lugar junto a la costa en honor de Apolo Epidelio (cf. Str. 8.6.1). Es muy probable que el xoanon de Apolo fuese venerado por los navegantes que debían doblar el cabo Malea, teniendo en cuenta además, que ésta era la divinidad que proporcionaba seguridad a los comerciantes en Delos, como destaca el propio Pausanias (3.23.3). No hay duda de que estas oportunas acogidas de divinidades garantizarían su futuro apoyo en la actividad náutica.

Del mismo modo, una «pesca milagrosa» indicaba la necesidad de consagrar un santuario a una determinada divinidad y favorecía al que la había realizado. En el santuario que Afrodita tenía en Patras (Acaya) se veneraba, entre otras, una imagen de la divinidad que había sido sacada en una red por unos pescadores (Paus. 7.21.10). En este sentido, es necesario tener en cuenta que las fuentes ofrecen varios ejemplos de importantes «pescas» relacionadas de una manera u

<sup>3</sup> M. Romero Recio, *Cultos Marítimos y Religiosidad de Navegantes en el Mundo Griego Antiguo*, BAR International Series 897, Oxford 2000, parte I.

<sup>4</sup> S.G. Cole, *Theoi Megaloi: the cult of the Great Gods at Samothrace*, EPRO 96, Leiden, 1984, 61 ss.

<sup>5</sup> D. Ohly, «Holz», *MDAI(A)*, 68, 111-112; G. Kopcke, «Neue Holzfunde aus dem Heraion von Samos», *MDAI(A)*, 82, 1967, 145.

otra con la religiosidad de los navegantes. El rescate de Britomartis-Dictina con las redes de unos pescadores<sup>6</sup>, así como el del cofre donde viajaban Dánae y Perseo por parte del pescador Dictis<sup>7</sup> son algunos de los más conocidos.

Pero las deidades de los navegantes también se manifestaron a sus fieles a través de los sueños. A veces se aparecían a los marineros mientras dormían para indicarles la proximidad de un peligro. En la isla de Leuce, en el Mar Negro, Aquiles, que actuaba como protector de los navegantes, se mostraba en sueños a los marineros que se acercaban con sus barcos o se manifestaba como una visión sobre la vela o sobre el mástil (Arr. *Peripl. M. Eux.* 34 GGM; Philostr. *Her.* 55). El héroe les orientaba de este modo en su aproximación y les indicaba el lugar más apropiado para el fondeo de las naves.

Los dioses podían incluso indicar a los navegantes a través de los sueños la manera en la que podían beneficiarse de una situación crítica, como le sucedió al nauclero samio Dexicreonte. Según Plutarco (*mor.* 303 c-d), éste iba a realizar una travesía hacia Chipre y Afrodita le aconsejó mientras dormía que sólo embarcase gran cantidad de agua potable. Durante la travesía, la calma chicha inmovilizó el barco y el nauclero aprovechó para vender a un alto precio el agua que llevaba a otros comerciantes y armadores pues todos estaban sedientos. Cuando el viento sopló de nuevo y llegaron al puerto, el agradecido Dexicreonte dedicó a Afrodita una estatua que fue llamada *Dexicréontos*.

Así pues, a lo largo de la historia antigua de Grecia, los navegantes consideraron el mar como un espacio religioso, es decir, un lugar en el que los dioses podían manifestar su poder y en el que los fieles debían expresar su piedad. El mar, y también la nave, se transformaron, por tanto, en un espacio sacro como podía serlo un santuario. Al templo los fieles acudían a venerar a las divinidades y expresaban esta devoción dedicando oraciones y ofrendas o realizando sacrificios y libaciones, por ejemplo. Pues bien, los navegantes también expresaron su piedad a los dioses haciendo ofrendas, sacrificios, libaciones y oraciones desde su barco en el mar.

Desde esta perspectiva, el mar se presenta como un espacio que en su dimensión religiosa podía llegar a ser incluso más completo que el propio santuario pues se trata de un lugar donde los dioses se manifestaban con frecuencia, tanto para proteger como para entorpecer la navegación, y donde los fieles podían y debían mostrar constantemente su devoción siguiendo unas pautas que se adaptaban a las diferentes circunstancias pero que no se sometían al estricto control del templo. Además, dentro del espacio marino los dioses podían elegir a su antojo los ámbitos de actuación así como los lugares donde los fieles debían mostrar su piedad.

<sup>6</sup> Cf. Call. *Hym. Artem.* 190 ss.; D.S. 5.76; Paus. 2.30.3; 8.2.4; Ant. Lib. *met.* 40; Hesych. s.v. Βριτύ, Βριτόμαρτις; M. Guarducci, «Diktyнна», *SMSR*, 11, 1935, 187-203.

Los peligros que amenazaban la travesía -tormentas, vientos, corrientes, etcétera- eran reales y se producían en un espacio real, el mar, pero en la mayor parte de las ocasiones resultaban hasta tal punto insólitos para los marineros que se otorgó a todo este tipo de manifestaciones un valor sobrenatural que permitió la génesis de un conjunto de seres imaginarios -como Escila o las sirenas- a medio camino entre lo salvaje y lo civilizado. Por tanto, el mar se presenta en la concepción religiosa griega como un espacio real donde se viven experiencias religiosas reales, pero también como un espacio imaginario que continuamente pone a prueba la piedad y entrega de los fieles.

Ahora bien, el hecho de que los navegantes pudiesen mostrar su devoción a los dioses en el mar, no les eximía de la necesidad de acudir a los templos. Tanto las fuentes literarias como las arqueológicas confirman la existencia de santuarios frecuentados por los navegantes. Algunos de ellos balizaban el litoral sirviendo además como puntos geográficos de referencia adonde los marineros se dirigían para venerar a los dioses a los que estaban dedicados, generalmente Posidón, Atenea, Apolo, Ártemis, Afrodita o Hera. Otros, sancionaban desde el puerto las actividades marítimas y comerciales, y controlaban las fuentes de abastecimiento y otras actividades como la prostitución<sup>8</sup>.

Pero, como venimos señalando, los textos también aluden a la celebración de distintos rituales en el mar. Los ejemplos son relativamente abundantes y hacen referencia a las ceremonias que tenían lugar antes de zarpar, al arribar, cuando durante la travesía se avistaba un santuario dedicado a una divinidad protectora de los navegantes, cuando se producía alguna circunstancia inesperada que podía hacer peligrar el viaje, pero también cuando únicamente se intentaba atraer el favor de los dioses o al menos evitar una intervención negativa.

Tucídides, por ejemplo, cuenta (6.32) que antes de zarpar y una vez equipadas las naves se daba la señal de silencio y se hacían los ruegos tradicionales. Todos los barcos conjuntamente mezclaban el vino en cráteras y hacían libaciones en vasos de oro y plata. En las oraciones participaban también los que se quedaban en tierra, y zarpaban una vez que se había cantado el peán y se daba fin a las libaciones<sup>9</sup>. Ateneo (11.462b), por su parte, recoge una noticia aportada por Polemón, según la cual cuando los navegantes se alejaban lo suficiente como para que su vista no alcanzase a ver el escudo dorado que decoraba el frontón del templo que Atenea tenía en Ortigia (Siracusa), arrojaban al mar una copa -que habían tomado del altar de un pequeño santuario que Gea Olimpia tenía extra-muros-, flores, miel, incienso y otros productos aromáticos. Esta noticia resulta especialmente interesante pues la arqueología submarina ha confirmado la presencia de copas cerca del puerto que datan de época helenística, y que casi con

<sup>7</sup> *Ov. met.* 611 ss.; *Apollod. bibl.* 2.4.1 ss.; *Hyg. fab.* 63.

<sup>8</sup> Romero Recio, *Cultos Marítimos...*, 113 ss.

<sup>9</sup> Cf. *Pi. P.* 4.193-200; D. Wachsmuth, *ΠΟΜΠΙΜΟΣ Ο ΔΑΙΜΩΝ: Untersuchung zu den antiken Sakralhandlungen bei Seereisen*, Diss., Berlín 1967, 319-326.

total seguridad fueron arrojadas desde los barcos como ofrendas al mar para propiciar la favorable intervención de las deidades que habitaban el piélago<sup>10</sup>. El propio Alejandro, según Arriano (*anab.* 1.11.6) degolló un toro en honor de Posidón y vertió una libación al mar con una copa de plata en honor de las Nereidas cuando estuvo en medio del estrecho del Helesponto.

Pero el espacio marino es también un espacio sagrado porque se consideraba que su elemento principal, el agua, tenía cualidades catárticas y purificadoras. Contamos con algunas noticias que aluden a ceremonias de tipo iniciático relacionadas con el agua de mar, pero es que además sabemos que en distintos lugares de Grecia se celebraban unos rituales en los que se bañaban en la costa las estatuas de algunas diosas. En *Ifigenia en Táuride* (1039-1041, 1193-1199) Eurípides menciona el baño purificador en el mar de la estatua de culto de Ártemis (cf. *Hyg. fab.* 120.4), algo que debía realizarse en el ritual desarrollado en torno al culto de Ártemis Daitis en Éfeso, divinidad de las aguas, las fuentes, los lagos y protectora en el mar<sup>11</sup>. Durante la fiesta de las Tonia en Samos, la imagen de Hera se transportaba hasta la playa en procesión y allí se lavaba en las aguas del mar, se vestía con ropas nuevas, se ofrecían pasteles y se ataba con las ramas del λύγος<sup>12</sup>. También durante la fiesta de las *Plynteria*, que se celebraba en distintos lugares de Grecia como Atenas, Tórico, Erquia, Tasos o Tegea, se bañaba en el mar el xoanon de Atenea y se vestía con ropas nuevas<sup>13</sup>. Tradicionalmente se ha considerado que estos baños estaban vinculados a los rituales de purificación que propiciaban la fertilidad. Sin embargo, teniendo en cuenta la estrecha vinculación de estas diosas al mundo de la navegación, es probable que durante estas festividades, además de purificar con agua marina las estatuas, se renovaba el control que estas divinidades ejercían en el mar. El contacto con el mar rehabilitaría anualmente el poder de Atenea, Hera o Ártemis en este espacio que no pertenecía originariamente a los dominios de ninguna de ellas.

Por último, es imprescindible tener en cuenta que el agua de mar era también sagrada porque se le otorgó la capacidad de divinizar. El *katapontismos*, la precipitación al mar, confirió la divinidad a algunos humanos como Britomartis, Ino,

<sup>10</sup> G. Kapitän, «Archaeological evidence for rituals and customs on Ancient ships», en H. Tzalas (Ed.), *Tropis I. 1st International Symposium on Ship Construction in Antiquity, Piraeus 1985*, Atenas 1989, 147-148.

<sup>11</sup> Ch. Picard, *Éphèse et Claros. Recherches sur les sanctuaires et les cultes de l'Ionie du Nord*, París 1922, 315-317; C. Calame, *Les choeurs de jeunes filles en Grèce archaïque I*, Roma 1977, 180-181; L. Kahil, «Bains de statues et de divinités», en R. Ginouvès, A.M. Guimier-Sorbets, J. Jouanna, L. Villard (Eds.), *L'eau, la santé et la maladie dans le monde grec (BCH suppl. 28)*, París 1994, 220-221. Cf. *CIG* II.3657; *X.Eph.* 1.2.2 ss.; *EM.* s.v. Δαίτις.

<sup>12</sup> *Ath.* 15.672 d-e. M. Nafissi (1983), «Anacreonte, i Tonia e la corona di Lygos», *PP*, 38, 417-439.

<sup>13</sup> *Plu. Alc.* 34.1; *X. Hell.* 1.4.12; *Ar. fr.* 840 *PCG*; *IG.I3.7*, l. 10-11; *Hesych.* s.v. Πραξιτεργίδα, Πλυντήρια; *Phot.* s.v. Πλυντήρια. Cf. E. Simon, *Festivals of Attica. An Archaeological Commentary*, Madison 1983, 46-48; Kahil, «Bains de statues et de divinités», 221-222; N. Robertson, «Athena and early Greek society: Palladium shrines and promontory shrines», en M. Dillon (Ed.), *Religion in the Ancient World. New themes and approaches*, Amsterdam 1996, 398 ss.; *idem*, «Athena's shrines and festivals», en J. Neils (Ed.), *Worshipping Athena. Panathenaia & Parthenon*, Wisconsin 1996, 48-52.

Melicertes, Glauco o las sirenas Parténope, Molpe y Leucosia. Todos fueron deificados al lanzarse al océano, otorgándoseles, por tanto, una divinización dependiente del mar. Su capacidad para actuar estaba también ligada a este medio y eran los navegantes los que daban sentido a su propia existencia. Además, y puesto que en todos los casos estos personajes se habían arrojado a las aguas en situaciones críticas, es posible que el navegante equiparase estas circunstancias con los sacrificios que exigían algunos dioses y héroes en el mar por lo que estuvieron más próximas a las creencias populares de los navegantes<sup>14</sup>. Sin embargo, y respondiendo al carácter ambivalente de los dioses marinos, tuvieron también un lado oculto que pudo manifestarse perjudicando a los fieles. Según una tradición (*schol.* Pl. R. 10.611d) Glauco, hijo del rey de Corinto Sísifo y de la pléyade Mérope, alcanzó la inmortalidad bebiendo el agua de una fuente. Como nadie le creía, se arrojó al mar convirtiéndose en una divinidad marina que una vez al año recorría el litoral y las islas prediciendo a los marineros únicamente desgracias. Ese día, los temerosos navegantes se escondían debajo de una barca que habían dado la vuelta e invocaban plegarias para liberarse de las profecías de Glauco. En cambio, según otra versión (Aristóteles, fr. 490 Rose=Ath. 7.296c), Glauco era una divinidad de carácter positivo que residía en Delos con las Nereidas, realizando profecías a quien se lo solicitaba.

En conclusión, la dura realidad a la que debían enfrentarse los marineros en el mar propició la sacralización de este espacio de múltiples formas con el fin de atraer la ayuda de todos los dioses. Lo real era habitualmente tan peligroso que adquiriría mayor relevancia lo imaginario de manera que las manifestaciones divinas eran frecuentes pero aún lo eran más las expresiones de la piedad de los navegantes.

<sup>14</sup> Sobre los sacrificios humanos que podrían relacionarse con la religiosidad de los marineros, véase: Romero Recio, *Cultos marítimos...*, 101-105.